Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida.- FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, Arzobispo de Quito

Publicación bimestral	Distribución gratuita

Año VIII	Enero y Febrero de 1944 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 1 y 2

Paradigma inmortal

Por el Presbitero Miguel Ramón Peña

El detallista Juan Papini, haciendo la paráfrasis del anecdotario evangélico, glosa la paradojal escena de Jesús lavando los pies a sus discípulos y nos dice que en ella hubo además de un sentido de amor otro de purificación, porque aquel desconcertante acto sólo era de un oficio propio de una madre o de un esclavo.

Pero Jesús que tenía la espléndida conciencia de su propia grandeza y que había predicado la pulcritud en el pensamiento y la presencia, declara que no había venido al mundo para ser servido, sino para servir.

¡Jerusalén, Jerusalén!—exclama una mañana, llorando a la vista de la Ciudad Sagrada.—¡Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina reúne bajo las alas a sus polluelos, y no habéis querido oír mi voz!

Esas palabras tienen la caridad y la ternura que sólo pudo haberlas en la boca de un Dios. Y Jesús, queriendo sintetizar toda la excelsitud y la efectividad sin límites de sus enseñanzas, puso la pureza de sus labios, como un clavel de cariño, sobre los polvorientos y fatigados pies de los discípulos, y los acariciaba con la suavidad de sus manos, blancas y tibias, así el plumón del pelícano en la inocencia de su nido. Porque aquellas plantas, pedestal carmesí de martirio y gloria, de una torre de amor que columbraba auroras y crepúsculos, estaban destinadas a llevar por el mundo su doctrina y el fulgor de sus grandes ideales en parábolas de renovación del alma antigua, de justicia y de libertad.

¿Scitis quid fécerim vobis? ¿Sabéis lo que yo he hecho con vosotros? Pregunta Jesús a los suyos.

¡No! Ellos no habían abarcado aún todo el potencial y magno alcance de aquella ablución simbólica y sentimental.

Pero a partir de aquel momento, revestidos de luz y en comprensiones de eternidad, sus pies se han transformado en las ruedas rutilantes del misterioso carro de Ezequiel que avanzan incontrastables sobre todas las latitudes y tienen

alas que se remontan victoriosas a los cuatro rumbos del espíritu, porque impulsadas por el Aquilón de la verdad, son portadoras del Mandamiento Nuevo, del Gran Mensaje de la fraternidad universal.

La visión del Profeta en Caldea, heraldo lontano de la civilización cristiana y del progreso, es como el primer capítulo del Apocalipsis; descifra el enigma de la vida y toma hoy una realización de gracia y salvación que calma las inquietudes espirituales del hombre.

Pero de entre los discípulos hubo uno que sí comprendió el sentido profundo, la filosofía divina contenida en aquella escena que acababa de desarrollarse. Fué aquel sacerdote predilecto de Cristo, Juan, que se recostó en su pecho y oyó las palpitaciones de aquel corazón ardiente.

Después él nos ha contado lo que entonces intuyera, en un lenguaje que espanta de sublimidad y de misterio; nos descubre las bellezas del alma de Cristo y revela cosas trascendentales y sagradas, incógnitas de fe que superan la sabiduría de todas las escuelas del saber allende y aquende la Cruz.

El sentimiento cristiano en tal forma, abre la senda de insospechadas posibilidades divinas, capaces de elevar la especie humana a categorías supremas.

Por eso besó Jesús los pies a los discípulos.

(De Cyplactly, revista salvadoreña.)

La vida de Don Gabriel García Moreno

Por Manuel Gálvez

Buenos Aires, Rep. Argentina, 1942

Hacia la santidad

Gabriel García Moreno ha cumplido cincuenta años en diciembre de 1871, cuando lleva dos en su segunda Presidencia. No es, pues, un anciano ni lo será en los próximos primeros años. Por el contrario conserva su agilidad física de siempre y su poderoso vigor mental. Viaja de aquí para allí. Y trabaja como nunca, acaso, ha trabajado en su vida de implacable trabajador.

A los cincuenta años, ningún hombre sano y fuerte se encuentra con sus pasiones aletárgadas o apagadas por la simple acción del tiempo y menos un hombre de tan grandes pasiones como García Moreno. Si él ha cambiado, no es por decrepitud o principio de decadencia, sino por obra de su voluntad.

Desde su infancia ha venido luchando contra sí mismo. Por momentos parece que hubiera abandonado toda lucha o, a ló menos, que hubiera cedido en algún punto. Pero el deseo de vencer, de vencerse, vuelve en seguida a adueñarse de su voluntad. Poco a poco se han ido mitigando sus profundos odios. Desde hace años no injuria a sus enemigos. Sus violencia-